Amigo y Destructor

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Amigo y Destructor (por Daniel Bernardo Grimberg)

Pasó por el baño de azules cerámicas, después por donde había rígidos estantes de libros (por lo que se trató de una biblioteca), en ese complejo sitio que era distinto a otros que había recorrido certificando a la autenticidad de los hechos. Ahí no encontraba el rumbo, pero era implícito que no se podía perder, porque con su mirada clínica no claudicaba en integrar a lo que veía dentro de un orden inteligible. Y su voz liberaba una y otra vez a fastidios y quejas por tantas falacias que al amontonarse, le interrumpían los apacibles senderos, y le creaban discontinuidades que los empujaban a introducirse en abismos. Caminaba por ambientes que lo enfrentaban y no permitían que la normalidad volviera a fluir espontáneamente. Tenía la esperanza de ampliar lo que tenía de cerrado ese horizonte concebido en la consternación.

Pérez Pardo siempre anduvo por un mundo de intrigas, mimetizaciones, y afanes fabricados, por lo que sabía cómo mantener la lucidez y que en sus ánimos no se multiplicaran las vacilaciones. Su preocupación por reordenar al mundo, había hecho que arrastrara sus pies dentro de esos zigzagueantes pasillos de paredes ocres, y con el fingimiento de que como ya no le importaba nada, no ofrecería a nadie atisbos de simpatía. Emitía juicios imparciales, con su estilo franco y directo, apelando a razones que nunca entremezclaría con rarezas. Habían sido conformadas muchas ruindades para robarle su rol y emparentarlo con la nada. Razonó que no debía haber una relación especial entre él y ese edificio decorado con toques lúgubres, impersonales, que provocaban en cualquiera algo de desazón. Penetraba como un menesteroso en un recinto en el que inquiriría a los que en este se encontraban acerca de una enorme cantidad de retrasos. Conjeturó que era viernes y que el día estaría menguando, aunque no supo cuál era la hora precisa. También se esperanzó en que todo el empeño que los demás ponían en ignorarlo, se iría empequeñeciendo. Se aseguró que pondría fin a las asperezas de quienes no creyeron más en él, y se contorneaban por ese lugar como si fueran todopoderosos mientras por dentro estaban llagados con angustias. Estos eran los suyos, que por algún raro disgusto ya no se le acercaban (a pesar de que les había dado una dilatada ayuda), y como justificación elaboraban frases confusas que le sembraban cientos de desconciertos.

Había arribado a ese lugar con su habitual magnificencia, sin suponer que podría irse insignificante, serpenteando a su ser… si era que la altivez y el desgano erguían otra vez su fachendoso predominio. Porque, tal vez

tendría que bajar la cabeza ante el apabullante pacto de silencio, y alzar su vista al bruto color del cielo, en un intento de desenterrarse de esos tiempos, en los que no le daban cabida como el esencial ejecutivo que nunca se desligó de lo que ocurría a su alrededor. Pero siempre actuaría en forma coherente, y a sabiendas que su mal temperamento podría jugarle malas pasadas (se hizo esa observación que no le surgió de una crítica a sí mismo, sino del masivo sentimiento de soledad que lo asediaba).

Había entrado a ese edificio de la avenida Honorio Genersi al tres mil, con sus humedecidos cabellos canos cayendo sobre su frente (eso era suficiente indicio que la lluvia desde un largo rato atrás había taponeado las nubes). Estaba decidido a hacer valer su sonrisa cruel, su esbelta talla, la pesadez de su voz, con el objeto de ser nuevamente reverenciado. No llamó a la puerta, sino que se agazapó y con las estremecidas distracciones que brindaba el aguacero, se escurrió adentro sin que nadie lo notara. Cómo era su costumbre demostró un singular menosprecio a las formalidades: nunca movió su lengua para pronunciar palabras de bienvenida, ni una pordiosera disculpa por llegar tarde, ni una alelada cortesía… o un asomo de compasión hacía los que lo habían defraudado. Derramar amabilidades no era su gusto.

Con el pasar de cada minuto llovía más intensamente, y sopesó que el agua reunía condiciones puras, aunque se revolviera enloquecida y jugara a crear infiernos. La lluvia lanzaba una feroz detracción a lo que había sido establecido; ostentaba una condición reformista que no lo asombraba. Pérez Pardo daría tajantes respuestas frente a las herejes perturbaciones de los que se reunieron en su contra, aquellos que acudieron personalmente para proclamar la división definitiva entre él y su imperio. A esos, les explicaría que segregarlo era infinitamente irrisorio, y no les conferiría un estatus privilegiado dentro de la empresa. Las mentiras habían caído sobre él como si fueran avalanchas de lodo, y aún antes del mediodía, su iracundia había ido creciendo de manera descomunal… lo que no obstó para que mantuviera al fluir de sus deslizamientos dentro de márgenes racionales.

Decidió ir directamente hasta Honorio Gernesi con la idea de mostrarse soberbio, constante, propenso a recuperar su posición durante esa jornada lluviosa, e ironizar que las circunstancias que envolvían a ese apremio le causaban mucha gracia. Y no permanecería en ese sitio para efectuar una caprichosa resistencia, por el contrario, mantendría sin desmayos al papel que había ejercido desde las épocas primarias. Se apostaría ahí para enseñarles que, con sus burdas conspiraciones no habían conseguido nada. Nadie se liberaría de él porque ya no le resultaba agradable o inteligente, o creyera que podría cancelar sus pasiones.
Desgraciadamente sus socios y familiares ya no le notificaban más las tremendas ganancias de su empresa de construcción, sino que deletreaban en conjunto (y algo melancólicos) a oraciones

que conformaban un panorama muy sombrío. Creían beneficiarse con esa cómoda fórmula de ingratitud y hasta se tomaban el tiempo para bostezar… cuestión que sin trepidar denunciaría como intratables perezas. Pérez Pardo seguía previendo sus destinos, aunque anhelasen que desapareciera en la oscuridad… se comportaban como delincuentes; de hecho, no reconocían su presencia porque hacerlo les atraería recias consecuencias de culpabilidad.

El enojo lo devoraba, pero magnánimamente no pondría a nadie en la picota. Se rascó la cabeza, con sus malos modales lo estaban esquilmando; ya lo habían categorizado como inexistente. Ahora, además de desmentir sus absurdos, se manifestaría para demostrarles que seguía siendo inmanente a la empresa, que era por donde giraba su mundo, y el resultado de su pasión personal a la que ellos bregaban por hacer pasar por un dislate. Y estaba atento a cada desbarajuste que ahí transcurría, al mal organizado manejo que efectuaban, y a como moldeaban sus desvaríos. En este punto no sería ligero afirmar que se sentía infeliz porque ya no soportaba esas fortuitas circunstancias que lo mantenían en bordes friccionales con los otros, cuando él había establecido cuales eran las reglas y los legítimos límites, y rechazaba a los que tomaban recorridos unilaterales sin atenerse a sus advertencias.

Se trataba de un despropósito que tiraran a la borda su naturaleza de líder, y que lo sobrepasaran con la intención de no tener que pugnar más con su autoridad, sino únicamente con el hastío. Pérez Pardo que conservaba una sana megalomanía, repudiaría la brutal misericordia de los presentes en ese edificio, en que asumían como trascendental el marchar a la deriva. Esos idiotas entendían a la traición como una discreta y meditativa instancia. ¿No se daban cuenta que, con tanto enaltecer a la disensión se fabricaban un gran precipicio? ¿No veían que eran necias y ofensivas las confesiones que se hacían los unos a los otros?

Pérez Pardo había subido por lustrosas escaleras, y hasta se repantigó en un mullido sofá por una mezquindad del tiempo en que notó como ellos acicateaban, aún más, sus actitudes pérfidas, y minimizaban sus principios básicos que habían llevado a la empresa a hacer concéntricos progresos.

Oscilaban por un podio con irresponsabilidad, y con él jugaban al gato y al ratón puesto que pasaban por alto su jerarquía. Pérez Pardo observó a esa pequeña y compacta muchedumbre, y no le gustó lo que oía, que más bien sonaba a simulaciones rellanas con detalles banales. De seguir con imbéciles tesituras, la empresa dilapidaría la proyección y las sabias ponderaciones con que la había dirigido. Ante esa potencial ofensa lanzó un inflamado silbido que no echó raíces entre los que escuchaban a quien ceremoniosamente los llamaba a reflexionar. Desconsideraban sus impresionantes quehaceres y al respaldo de cuarenta años de experiencia que tenía en el rubro. Lo hacían con sordidez, aunque tomaban el recaudo

de enumerar a sus logros con leves sonrisas de las que después se distanciaban.

Pérez Pardo los miró oblicuó; por pretender más en la torta de las ganancias dejaron de serle fieles, y a la tradicional certitud de su voz la desoían. Mitigaban a lo grandioso y magistral que siempre se reflejó en él, porque ya no lo tenían como un modelo, y preferían volcar el automóvil en el barranco a darle la razón.

"Lamentable, muy lamentable", se dijo tocándose con la mano al corazón, mientras atravesaba esa experiencia nefasta que lo afectaba muy íntimamente. Se encontraba enfrente de ellos, parado sobre el piso de mosaicos, y no quisieron darse vuelta para recibirlo… aunque a grandes voces perjuraban que lo tenían como un ejemplo. Recibía un hipócrita tipo de honores a la par de que no se registraban con él derechamente. Se distribuirían las labores según lo que se les daba en gana, debido a que creían que ya no tenían necesidad de consultarlo, ni les importaba cuales habían sido sus desvelos en perfeccionar la empresa (a pesar de la ruindad que los atoraba, eran muy ingenuos).

Entre la gente, se encontraban su hijastro Beto, su mujer Penélope, sus socios Berutti y Castro Chiriano, y su hija Eleonora. Estaban bien vestidos, serios, algo conmocionados por estar presentes en ese extraño evento. Se movían en tropel lamentando con gruñidos que no tañían felicidades, a ese grado de independencia que habían alcanzado. Hacían penosas interpretaciones… mientras que no le quedaba otra opción más que guardar silencio, esperar que acaeciera el desplome de esas insurgencias… (de acuerdo a la esterilidad de ese programa por el que lo sacrificaban por convicciones económicas), y se levantase a hablar con el instantáneo derecho de frenar sus descarriadas y espumosas elocuencias.

Había un notable desequilibrio entre sus inseguridades y la estampa firme de Pérez Pardo, que había llegado hasta ahí sin ser invitado, sino como un hombre despojado, al que convirtieron en un figurín que a lo sumo sería tenido como un ilustre predecesor. Le repugnó que no hicieran caso a quien llevó la administración de la empresa constructora con talento, distribuyó grandes beneficios, y en ese momento se encontraba a escasos centímetros en esas mismas instalaciones.

Los reunidos rompían con los códigos que les había enseñado, desbarataban sus preciosas instrucciones como si fueran osados o anacrónicos errores. Reinaba la desvergüenza entre quienes preferían divergir de su camino apenas se largaba a dar unos pasos. ¡Lo evitaban como si fuera una tarántula de lomo gris! Ya no lo consideraban infalible o aquel que sujetó a lo imposible en notorias ocasiones.

Había ingresado ordenadamente a ese vil escenario, con la franca misión de desautorizar a los que lo desvinculaban de su empresa. Estaba ahí fijo

como el granito, pero como si hubiera ingresado a un teatro en que representaban una función satírica, lo excluían, y le prodigaban más que una mala disposición, un frontal desprecio. No respondían a sus sensatos llamados ni le tendían la mano con confianza, por el contrario, se unían con el objetivo de montar una crisis, acomodándose en las penumbras que las suelen acompañar. Hacían esa maldad con la intención de que la oscuridad ganara espacios, y con apagados fervores le profesaban desdén. Eran farsantes que esperaban que se consumiera en la inacción. Cáusticamente, de la boca para afuera, Pérez Pardo seguía siendo un sujeto inmaculado, intachable (ese era el ruido que hacían para suplantar al terrorífico silencio). Entonaban que se trataba de un hombre tan fuerte como los truenos que desde la ventana se veían supremos, porque la lluvia había llegado a su cenit como un ampliado correlato de lo que pasaba ahí dentro.

Pérez Pardo escuchó al relato que hizo su hija de hechos que de insignes tuvieron poco. Desde la inmovilidad del podio hacia alusiones que suponía respetuosas, pero eran catastróficas idioteces… y podía hablar de cómo copulaban los asnos ya que nadie la oía. A Pérez Pardo le era arduo escuchar asuntos inconexos: verbigracias que se desbordaban en emporios de fantasías. Eleonora desplegaba en frases sin ninguna contención, a inútiles palabras que graduaba con el agradable tono de su voz, pero caían en el anárquico absurdo. Y él se plantaba espantado y mudo, ante ese desaforado y chirriante espectáculo.

Ella farfullaba como si eso fuera una obligación, dentro de un clima dramático que le atosigaba los oídos y lo sumía en el deseo de sacarse la máscara, y hacer una alharaca incontrovertible. Pérez Pardo determinó que tenían que dejar de lado los gimoteos baratos, y ponerse a trabajar. No tenía mucho tiempo ni ganas de seguir compadeciéndose de los bochornos que creaban. Ese encuentro era una subversión de los principios en los que ciegamente se enrolaba, el puro camelo que llevaban a cabo con una desabrida rigidez. Sabía que ese acto no tenía un sentido festivo, sino pomposo, y su función era instaurar nauseabundas reflexiones. Se trataba de instalar disparates con los que soterrarían a sus mejores propuestas. Embobados, suponían que podrían reformular al mundo durante ese lluvioso y prematuramente oscurecido atardecer, y ensayaban aparatosas retóricas que no iban a ningún lado, pero sacaban afuera las culebras que tenían adentro, lo repelente que anidaba en sus mentes. Y lo ignoraban sin pausas, como si ya hubiera servido a su fin y ahora debían desecharlo… si lo obligaran a tirarse de una cornisa destartalada, harían de cuenta que caía una piedra.

Desde que advirtió esa conducta, Pérez Pardo los había proscripto. Lo habían separado de su cargo como si no tuvieran una atadura especial con él. Por lo que, se apegaría a los días y sus noches hasta que entrasen en razón, y no le hicieran desplantes que no sólo lo indignaban, sino que además lo ponían en el borde de un ataque de nervios. Les explicaría que

lo que hacían era afrentoso, y que existía una justicia retributiva que él tendría que aplicar, porque lo que le estaban haciendo era similar a agarrar con la mano a la hoja de una espada de doble filo.

Y de su hija opinó que era una descarada que estaba atrasando a sus planes; se había propuesto estrangular al universo que él había creado, sin otras ansias que dejarse llevar por el tedio. Eleonora que había sido una niña muy fina y bien educada (que le había dado satisfacciones), habría aceptado como ciertos los desplazados rumores de quienes lo habían traicionado… no encontraba otra explicación que descifrase la conducta de quien siempre había obedecido sus directivas. Las palabras que decía en público, eran horrendas cicutas que le acercaba a sus labios…. sin embargo, no cesaba de mencionar sus grandezas y su amorosa dedicación a la compañía, haciéndose más inclemente y descarada su rebelión. Mal, muy mal: con eso no se justificaba, todo lo contrario, desfasaba a lo meritorio con mayor profundidad; se había puesto al amparo de las profundas tinieblas con las que el cielo se volvía loco, porque la lluvia se hacía cada vez más espesa, y nadie se vanagloriaría si tenía que salir a la calle y soportar a ingentes chorros de agua que se deslizarían por su cuerpo.

¿Era probable que Eleonora, dentro de ese angosto mundo de ignominias, estuviera haciendo una desbaratadora catarsis? Pérez Pardo querría creer, que lo suyo no era una felonía sino un desinterés impuro, un descenso por las espirales que proponen la indiferencia. ¿Qué otro sentido tenía esa riada de estupideces que la dejaban tan exhausta? Al menos, las paredes que circunscribían ese espacio, limitaban el alcance de la horrible forma de dar cátedra que tenía su hija; les ponía un acertado corsé a sus peyorativas estimaciones.

Mientras que afuera la lluvia se hacía obsesiva, adentro estaba impresa una atmosfera de opresión. A lo parcial e hipotético se lo emprendía con la idea de mutilar los poderes de Pérez Pardo, que giraba su cabeza de un lado a otro negando que lo que oía fuera cierto. Por culpa de su hija su influencia había perdido peso, y de ninguna manera aceptaba que sus faenas habían sido imponderables, o el ser incorporado a una indecente irrealidad en la que prevalecía el color rosa. Había previsto los futuros, y su figura seguía siendo la de un padre estricto que no dejaría que las tonteras de su hija se tornaran más acuciantes. Pronto se haría ver (pese a que no había habido parquedad en su estudiada ambulación por ese sitio), y en público se preguntará por qué su hija le hacía esas modificaciones, esas metamorfosis a las que defendía con uñas y dientes, mientras se negaba a mirarlo a los ojos. ¿Qué tiznado argumento quería que fuera desplegado sobre su rostro? Si su objetivo era desalojarlo sin moderación… ¿por qué no hacía lo que había que hacer sin tomar tantos recaudos sentimentales? Al ensalzarlo demostraba que su hipocresía era a

toda prueba.

La mujer de aspecto delgado se dirigía formalmente a los demás, como si le fuera impuesta una indeseable obligación. En su coloquio abarcaba asuntos irrelevantes, y se sentía atraída a blandir fastuosos engaños. Comandaba a los demás con repudiables teorías orientadas a ubicar su padre en un marco ajeno al de la empresa. Su función era despojarlo de utilidad, o por lo menos escamotearle su merecido futuro. Se comportaba como si no le importase dirigir esa advenediza conjura; imponía alas temerarias fuerzas de su subjetividad, con el objeto de bloquear la interacción de Pérez Pardo con algunos empleados que aún le serían fieles. ¡Tal era la brutal incomparecencia a sus responsabilidades filiales!

Varias cuestiones que consideró indispensables, brotaron de su ambición… que establecía que su padre quedase en la intemperie. Y en su desfachatada simultaneidad mencionaba que en ese hombre se habían dado tremendos ímpetus, que a sus anhelos los encauzaba en el bien de la comunidad, y que, aunque ya no proyectaba su jerarquía, seguía siendo tan cristalino como el día en que fundó la empresa. Sus pláticas resultaban tan falsas como el ceniciento fuego que se había pintado en los labios. Con pasivos desenfrenos, clamaba que había recibido una señal o una bendición de su parte, cuando en verdad lo estaba maldiciendo.

Una y otra vez mencionó las supuestas longanimidades de este, al empleo que dio a muchos, y a su accesibilidad que permitía que los de su círculo obtuvieran beneficios. Y de eso derivaba la noción absurda de que había obtenido su gentil aprobación, y que su amor era más fuerte que todos los vientos que chocaban contra el mundo (hubo más sandeces que unió en sentencias superficiales). El colmo fue que sostuvo que no anularía al poder simbólico que Pérez Pardo aun ejercía, porque él seguía siendo un primordial e irreductible fondo de bondad en donde la mediocridad y el error no llegaban. Recordó como gestó dadivosos contratos con el propósito de sacar a sus trabajadores de la pobreza, y que durante periodos de innovación aumentó el prestigio de la empresa constructora.

En los rostros de sus oyentes no se percibían deslumbres ni oposición, a lo sumo reinaba una resbaladiza uniformidad. Asentían con la cabeza, o haciendo gestos que conllevaban intenciones amables. Por supuesto que en ninguno de los intervalos estuvieron a punto de exacerbarse, sino que mantuvieron al ritmo manso tanto en sus movimientos como en sus respiraciones. Así, oyeron el discurrir de la voz de la mujer cuyas simples convicciones no presentaban dificultades. Se acurrucaban, y si bien por fuera parecían contraerse en una sustancial humildad, esperaban con denodada paciencia que esa monotonía cesara de roer a sus cerebros, y que no desestabilizara a sus despiertos sentidos. Tenían la esperanza de que eso no los retrasaría demasiado.

A menudo detenían sus constreñidos jadeos con la intención de comparar lo que ella decía con sus visiones que no derramaban con aspavientos, pero de los cuales no sería un desaire deducir que eran incompatibles con esa cruda ceremonia que promovía la llegada de nuevos y paulatinos hastíos. Lo que Eleonora patentizaba, era tan molesto como el tic-tac de los relojes, y se sentían un público cautivo que flotaba en una tenue temporalidad, sin las ilusiones de obtener una crucial victoria sobre esas insulsas circunstancias. Anhelaban que se abriera un despejado horizonte, que dignificaría de alguna manera los anteriores… ya que, aquel que quería crear algo, tenía que derrumbar al pasado (en eso consistía su forma de pensar, y tal vez incluía el porqué del vilipendio que exhibían frente a la persistente presencia de Pérez Pardo).

Eleonora adujo que la generosidad de su padre jamás quedaría encajonada en su escritorio, por el contrario, se reflejaría en los auspiciosos amaneceres que conformaban en las distancias de la ciudad a un enorme campo de luz. ¡Otra despampanante mentira! La articulación de esa absurda metáfora no fue agradecida por el hombre que comenzaba a desesperar. Podía demostrar la inexistencia de esa desgarbada implicación sin hacer un gran esfuerzo. Ese discurso dejaba de tener las irreversibles lógicas de la apostasía, y se transformaba en un delirio… era tropezar una y otra vez con atragantadas piedras.

Pérez Pardo se preparó para una gran contienda, porque si se quedaba callado, alentaría esas displacidas manías de su hija. Pero antes, pasó por los aposentos de la planta alta con la expectativa de encontrar a sus chequeras, tarjetas de crédito, y la llave de su auto, utensilios sin los cuales su vida se tornaría particularmente desdichada; se rearmaría con estos, antes de denunciar lo odioso que se estaba produciendo frente a sus narices, a esas apreciaciones irrealistas que procuraban echarlo de la empresa que había construido sin aplicar místicas desatinadas. Se daría prisa para darle a esa inmunda inundación de raros sentimientos, un apropiado fin.

Lo habían separado de sus utensilios elementales, con la presunción de que así lo convertirían en una persona rudimentaria de la que había que desviarse antes de sentarse pacíficamente a conversar. Pérez Pardo estaba furioso y chocó con una interpuesta columna, pero no se lastimó, y sólo emitió insultos que solían salir automáticamente de su boca en esas situaciones. Y casi arrancó de un cuajo las cortinas de sedas verdes, que habían absorbido a su presencia en un costado de la sala.

Arriba, buscó con conciencia de que sabría cómo defenderse. Sin encontrar nada, bajó por las escaleras que daban paso a la sala cuadrangular, y atropelló nuevamente a las cortinas con la predisposición a hacer lo necesario para develar al enigma de esa encubierta asonada. Atentaban contra su liderazgo, le daban una absoluta insignificancia, pero manifestaban que lo admiraban por su buen corazón. Con mucha rabia,

evidenciaría sin topes a quienes estaban violando la integridad de su empresa, y les exigiría que no persistieran con propuestas crueles; nunca cambiarían a la estructura de mando, ni conseguirían la destitución de quien había investigado (encubierto en un oscuro rincón) a lo malvado que planeaban. Como habían sido suprimido a los niveles más básicos de decencia, les dirigirá la palabra con duros tonos justicieros; se reirá de sus falsas adulaciones, y les señalará que los echará a patadas con la honesta meta de culminar con ese ridículo complot.

Ese hombre que había perdido el control de la empresa, bifurcaba a sus pensamientos por tenebrosas suposiciones. Había escasas posibilidades de reconciliación con los suyos después de esos hechos atroces. La ingratitud había creado murallas que costaría mucho derribar, ya que no trataría con melifluidad a quienes se entretuvieron esos sórdidos condicionamientos.

Eso ocurrió a que se había quedado quieto, algo adormilado (el dejarse estar era la vívida prueba de que en el tiempo se trasladaban horribles desventajas). Lo trastornó un minúsculo agotamiento, un arriamiento inverosímil que por poco tiempo lo infundió un excepcional malestar. Y a partir de entonces no lo facultaron a chequear lo que ocurría, y si seguían por ese camino acabarían fundiendo a la empresa.

Al contemplarlos, le pareció que, sobre sus cabezas había sido derramado un polvo que causaba dejadez y olvido, ya que no temían a lo que era probable que hiciera ni se erizaban con espantos frente a sus amenazas, ya que no creían que saldría de su cansancio, o que les amonestara con que, si no se ponían rápido a trabajar, los despediría o ejecutaría otro loable acto de purificación. ¿Qué horripilante mentira habían comprado cuando antes lo reverenciaban? ¿Por qué se habían transformado en arrastrados mercenarios, mientras recordaban lo que había hecho con gestos compungidos?

Estaba anonadado por la forma palmaria con que fingían no verlo. ¿Se entendía su esposa Penélope con Berutti? ¿Había entre los dos un meollo pasional que desconocía? ¿Era éste el malparido que lo excluía de lo que era suyo?... no podía menos que comprobar la irreductibilidad con que querían que su desaparición prospere. ¿Y qué hacía el tonto Beto, que ni siquiera se había atado los cordones de los zapatos? Distinguía la enorme dispersión de sus expresiones, a su total cara de bobo. ¿Por qué su familia arrojaba el pan a los perros y con los vinos regaban las plantas?

Lo tenía a maltraer que convocaran a tantos apremios con el plan de dar rienda suelta al condescendiente naufragio de lo que le costó años sacar adelante… y ante las cataratas de preguntas que se hizo, se sintió arrinconado. Estaba atónito y con los ánimos licuados, frente a los que se presentaban con sus facetas más perezosas, y hablaban con

desorganizados susurros de presuntas caridades que él había hecho.

Preso de furia, y como para que atisbaran frontalmente a su resistencia, creó un sonido semejante a un rugido (que se confundió con el que afuera hacía el viento), cuya estridencia soltó con el propósito de ser censado por los no se movían de sus butacas. Se preguntó cómo se le había escapado esa sedición, cuando él presagiaba con regularidad a lo que vendría. Estaba al tanto de lo que era importante, e incluso de las irrelevancias como el tiempo en que las frutas tomaban sus colores ordinarios, o la misma tormenta, gracias a la cual había penetrado en el edificio sin ser visto.

Aquello era suficiente: el único crimen que cometió fue el haberles dado demasiado. Ahora, su obligación era despojarlos, debido a que lo consideraban una redundancia inútil. Su paciencia finalizó, y a partir de ese punto sus cuestionamientos se harán permanentes. Empezando de cero, reconstruiría a su empresa, corriendo al costado los buenos modales con el fin de hacer higiénicas purgas. Por no haber reconocido sus capacidades, pasarán a experimentar su ira.

Eleonora seguía hablando de asuntos sosos y tal vez fatídicos, dentro del inalterable consenso que no mostraba signos de colisionar con nada. Los bordes de sus ojos estaban un poco hinchados, y no prolongaría demasiado su exposición porque ya ansiaba la protección de los sueños, que impondrían sus simplicidades que estaban al alcance de todo el mundo. Entonces no estaría pendiente de la lluvia, ni de los aires negros que estaba obligaba a respirar. Pensó sin irreparables consecuencias, en los que sentían los perseguidos y aullaban a la luna porque se veían a sí mismos como lobos. Por la indistinta forma en que fijó su mirada en un punto ciego, parecía como si en su mente se hubiera producido una avería. Por dentro se corroía, pero lo que anunciaba mantenía un grado imperativo, y nadie le impidió continuar modulando un complejo cuadro en el que, paradójicamente, ubicaba a su padre en el centro. Le daba (decía) una participación que se templaba en los recuerdos; se aprovechaba al prefigurarle una sugerente aureola y del prestigio de su nombre avasallador. Lo refería con convicción, pese a que sus lazos se habían deshecho, y lo que quedaba era radicalizar las diferencias que habían tenido.

Oía la lluvia repiquetear sobre el cristal de la ventana con una potencia que eran señales de su contundente resolución en crear estragos. Los ecos de los truenos rebotaban en las paredes, y se contradecían con los rasguños que salían de su voz. No tenía posibilidad alguna de confrontar a la lluvia o de hacerla callar, porque se había hecho ingobernable.

Pérez Pardo concentró su intransigencia como si estuviera al mando. Pondría los puntos sobre las íes sin contagiarse de la angustia general. Rio por haber engendrado a la serpiente de su hija, que, debido a su escasa

mesura, ya no le importaba que lo picara una y otra vez. Y experimentó el vértigo de estar próximo a una venganza contra aquellos que no lo reconocieron, y habían creído que se liberarían de él sin contrariedades.

Derribaría a ese encantamiento cerrado y artificioso, con su típica apostura que jamás fue la de un caballero sino la de un ajedrecista. Vivía en el mundo material, con los pies sobre la tierra, y sin la insana propensión a hacer lisonjas inservibles. Se englobaba en el género de lo concreto; era el Pérez Pardo de siempre, que nunca se había exiliado, y conocía a la perfección como encontrar la salida de entrampados laberintos. No emplearía técnicas de persuasión, sino que se aseguraría que su discurso tuviera una carga explosiva y concluyente.

Se colocó en un lugar clave entre las amapolas vestidas de negro, en el medio de esas horrendas flores se movió con una intranquilidad que no escondía su furia y decepción por tantos yerros incomprensibles. Su desazón era palpable. Afuera, algunos pájaros habían caído fulminados por el temporal; debido a sus alas rotas, sus anteriores indemnidades habían quedado definitivamente destruidas. El hombre pidió silencio, como lo hacen los disertantes que no toleran padecer las presiones creadas por gente en movimiento que prefiere desencadenarse a mantener la unidad. Expresó que hablaba con la intensidad de su saber y la honradez de su alma desnuda. ¿Cómo su familia se había permitido tantas frivolidades (friccionó sus labios con suma especificidad durante el último término)? ¿Cómo lograron tirar abajo las espesas alegrías de aquel que había sido hijo de campesinos españoles, y querían convertir en un paria? Pérez Pardo rechazó de plano las delicadezas de Eleonora, y con los atestados gestos que da el rencor, largó un bestial discurso para asegurarle a su hija, qué estando él en ese centro, no admitiría que complejizara a la situación.

No estaba encarcelado, sino libre, con disponibilidad para ir y venir. Daría esa pelea con tristeza y amargura, porque lo que le hicieron equivalió a una insolencia increíble. Les relató algunas de sus hazañas pasadas, junto a certeras observaciones del presente. Ofertó que, si no lo confrontaban más, analizaría caso por caso las causas de sus confusiones, y no los castigaría… siempre y cuando prometieran no enredarse en una nueva enemistad.

Lo que después hizo, fue llamar a cada uno por su nombre (no debían notar qué estaba enojado, sino que catalizaba la elemental cordura). Si obedecían sus códigos y cánones, evolucionaría con el objeto de darles un trato apacible, y olvidaría lo que sucedió o lo interpretaría como una necia y pasajera estrechez de miras. Desestimaría las idioteces que habían dicho (que le sonaron bastante herméticas), porque privilegiaría lo que había por delante. Preveía que más allá de esas insólitas equivocaciones, se propagaría el vasto azul del firmamento con su imparcial sucesión de días. Eso sí, se asignó no haber sido nunca un caballero, y emplazó a

aquellos que no le guardaron fidelidad a recurrir al silencio sanador. Al idealizarlo con perfiles huecos, lo habían convertido en alguien burdo… ese había sido un intento muy tramposo.

Una imprecisa agitación nostálgica le hizo soltar esta desmesurada frase: nunca sabría cuál era el sentido de su vida, si los suyos se negaban a reconocer sus esfuerzos y energías que dispendió en la empresa. Y a pesar de estar horriblemente asombrado, será magnánimo, ya que comprendía que no era sencillo aguantar a los macilentos juegos de la sugestión. Los perdonará, aunque con desalmados instintos lo habían arrojado fuera de escena. Beto no había hecho aparentes progresos, y seguía siendo el mismo estúpido. De los demás no entendía para que equipo jugaban; se mostraban sufrientes, pero a todas luces sus tristezas eran superficiales. Rechazaban lo racional, con la soberbia de moldear un futuro en el que no lo inmiscuían.

Pérez Pardo se exaltó, y les gritó para que recuperen la fidelidad que le tenían antes de la eclosión de ese extraño período. "¡La empresa no es una antojadiza entelequia, sino que se conforma de acuerdo al mérito y al trabajo, y no es cuestión de irnos a los caños por flojeras!”, expresó como si estuviera sembrando un novedoso conocimiento.

Acto seguido, corrió su vista por los ornamentados empapelados que forraban a las paredes, en las que había pavos camuflados dentro de diferentes grosores de líneas, mientras su familia, amigos, socios, y empleados, se desenvolvían como si nada… como si el brutal planteamiento con que pretendió enderezarlos se hubiera tratado de algo inicuo. Seguían con el mismo estado de estupefacción, como si transitaran sin pasaportes ni visados, por imaginarios mundos. Pérez Pardo miró fijo a su esposa y temió que lo desconociera en forma fanática; que se hubiera borrado la conexión producida por una década de convivencia con roces y alegrías.

Alzó la vista, y como juzgó intolerables las basuras dichas por su hija, la increpó diciéndole que lo había defraudado. De cualquier forma, no captó a su atención. Tampoco se dio el célebre sentido de complementariedad que es usual entre el orador y su audiencia. Y sentía en su estómago el infeliz revoltijo de no ser capaz de entender el volumen de lo que se estaba hirviendo. Sin querer dar importancia a esa nauseabunda disparidad, agregó, que, si no se cuidaban los negocios los asediarían los cuervos que no se alimentaban con pétalos de las flores. ¡Se había obligado a explicitar lo obvio! Ese era un punto básico dentro de su cosmovisión empresarial, y no ignorarían su peso específico…

Pero no tenían el recato de escucharlo ni de aceptar sus sabias razones. Tampoco lo miraban a los ojos, ni materializaban sensatas sonrisas de

comprensión dentro de sus obnubilados rasgos.

Pérez Pardo les había hablado con su bagaje de odios y creencias, sin máscaras, con la concesión de que les permitiría sacar sus propias conclusiones porque eso estaba dentro de sus atribuciones. Afuera, las aguas tronaban en la búsqueda de sobrecargadas alcantarillas; las calles se habían transformado en convulsionados ríos cuyos lechos eran de cemento. El hombre porfió en otros agudos conceptos, con la meta de contradecir a su hija y avivar enardecidas disputas. ¿Qué sentido tenía ese obstinado afán de mirar al abismo? ¿Cuáles eran sus asideros? Sabía que las aprobaciones que ella le largaba no eran recompensas, sino tramoyas cuyo objetivo era relegarlo a un segundo plano. Y que su intención era reducir al somnífero hechizo que Eleonora había echado sobre los demás. Como era su padre tenía la válida potestad de acallarla.

Sintiendo algo de compasión al ver que la concurrencia estaba dispersa en aisladas esferas sin alguien que la guiara, Pérez Pardo volvió a arremeter como si no hubiera soles y lunas qué pusieran límites. Su audacia era la de un individuo bien aferrado al tiempo y al espacio, que no toleraba que le hicieran esa digresión inmoral. Se había cansado de lo espurio… lo mejor será que al día siguiente cada uno volviera a su puesto, y se pusiera a trabajar. Era una lástima que hubieran perdido tantas horas; con un ademan impaciente les explicó que, si se arriaban de ese apestoso sitio, el universo recuperaría su carácter coherente en el que la sangre jamás confraternizaba con cenizas.

Luego, cuando superó a ese espíritu componedor, con el rencor que con asiduidad lo motivaba, volvió a desperdigar toscas clases de amonestaciones, y destejió dentro de su tenaz cruzada, a las bondades que le consignó su hija sin que él las hubiera consentido. Le resultaba novelesco que con la finalidad de que no se entrometiera en los negocios, le endilgara ser una buena persona… ser tan perfecto lo malhumoraba mucho, por lo tanto, esos inmoderados epítetos debían cesar. Pérez Pardo contó el paso de diez segundos, con la idea de que al volver a respirar no lo bloquearan los resentimientos. ¡Lo abrumaba esa conspiración de tontos que insinuaban que era una delicada persona cuando sin retroceder mantenía su temperamento colérico! Su enojo era habitual frente a insaciables palabreríos, y su hija debía sacudirse de sus embotamientos, ser más creíble, encaminarse por la senda correcta, y escuchar las sobrias explicaciones de su padre en vez de malgastarse en sensiblerías.

Pero Eleonora no creyó que quién hablaba fuera su padre, y consideró que esa débil voz pertenecía a un intruso; un hombre alto, sonriente, cuyos rasgos relacionó con uno que había visto en la portada de una revista de moda, y cuyo procedimiento con que se daba a conocer se basaba en impúdicos sueños o meras ofuscaciones. Además, calculó que este no poseía excelentes ambiciones ni las que eran pérfidas; se trataba de una persona cuya forma dependía de como una la dibujaba la mente. En su

imaginación, ese hombre se había superpuesto dentro de ese lugar sin fuerza, pero con los vanos fulgores que revisten a lo excéntrico. Y no se explicaba cómo sucedió eso… tal vez era un empleado de la empresa que se había aburrido por las superpoblaciones de datos que había puesto en sus oraciones, al mezclar frases largas con otras que no había preconcebido.

Sin perturbarse por haber ignorado a su padre, Eleonora continuó disertando sin demasiada claridad, y un poco entorpecida (pero en ningún momento su voz se rompió en algo anormal como un sollozo). Hizo nuevas referencias a Pérez Pardo: un hombre generoso, encantador, y algunos contados defectos debidos a su fuerte personalidad. Y se refirió a los proyectos de este como si fueran los rasgos de su porvenir (declaró enrolarse en su camino). Como presidente de la Compañía, se comprometió a seguir en la misma dirección y trabajar duro. Y no sugirió que se apropiaba de algo que le había pertenecido, sólo caviló que le gustaría viajar bien lejos; le gustaría hacer su santa voluntad en otra capital del mundo. Al mirar por las ventanas, comprobó que la lluvia había oscurecido a lo último que quedaba del sol, que ya no se hizo responsable de las desdichas de los hombres por no indicarles acerca de los obstáculos.

Muy enardecido, Pérez Pardo alzó al máximo su voz con la intención que no lo mitificaran. Hizo un impuro resumen, con improperios, para que los sucesos claves de su vida no fueran falsificados. Estaba harto de que lo alabaran y no le dirigiesen la palabra sin temer a su genio intempestivo. Usó un descarnado lenguaje, los mandó a un desolado lugar en donde habitarían como los miserables que demostraron ser. Era hora que lo asimilasen: no desertaría de sus funciones, y con extrema belicosidad combatiría a quienes se opusieran. Ya no les prometía favores, ni esgrimiría benevolencias… y en sus juicios reapareció lo adusto y nocivo.

Fuera de sí, se paró sobre el rectangular podio sobre el que todos encauzaban sus miradas, y haciendo molinetes con sus brazos, explicó (para que descreyeran al fin de que era una benigna persona) que poseía un frío cerebro que había calculado montones de maldades. Nunca dejó de hacer perrerías, y desde lo más hondo de su corazón les pidió que no repitieran más que era buenito, porque se enojaría de verdad. No aceptaba continuar escuchando esas amorosas degradaciones que le hacían. Él era un canalla que cometió varios fraudes… en selectas ocasiones había sobornado a inspectores municipales, y había hecho lo que en general hacen los desaprensivos durante sus triunfales dinámicas. Era un ganador, y a eso lo tenían que tener en cuenta.

Pero era Eleonora a la que seguían escuchando en esa reunión vespertina. Se arrogaba la función de poner las cosas en su sitio, como si fuera quien estaba exclusivamente habilitada para fabular, y crear ejemplares tramas

de relatos que no paraban de ser cobardes. Pérez Pardo se extraviaba en el centro de esa sala, de la misma manera que los demás esperaban que se cumplieran esos protocolos, urgiendo a sus conciencias a que se sometan al paso del tiempo, que en algún milagroso instante los haría volver a la cotidianidad. Esa intriga ya no era llevadera.

Pérez Pardo gastó energías extras en convencer a la gente que de una vez siguiera a sus instrucciones, y se retrajera de ese ofensivo encuentro. Y volvió a calificar a lo obrado por su hija como un engaño y una manipulación. La repudió mientras ella se afianzaba en su trajín, en el medio de lo que empezaba a ser un encierro soporoso: los minutos formalizaban en exceso a ese aburrido complot, y Pérez Pardo conminó a su hija a que no lo pasara por alto. Pero ella salteaba a sus vociferaciones con desvergüenza, aunque continuaba nominándolo con decoro y algo de miedo. Nunca se vio que una hija pisoteara así a su padre, ni que este no consiguiera hacerla callar.

Las irritantes narraciones de Eleonora se renovaban con pocas pausas, y detrás el agua caía a baldes como si fuera la única ganadora en la vieja disputa entre el sol y la luna. Pese a someterse a semejantes impertinencias, Pérez Pardo no se retiró, siguió presenciando esas imposturas. Su cara tenía el mismo tono blanco del mármol, y ya no oscilaba por esos espacios como evitando que lo alcance un rayo de la tempestad, y sus movimientos se hicieron cautelosos. A pesar de sus furibundos arranques su voz no adquirió mayor repercusión.

Cruzó el sector de las flores de tonos violáceos para apartarse de los oídos de los conjurados. Presumió que no le sería difícil desarrollar algunas acciones jurídicas que, de acuerdo a su calidad de accionista mayoritario, se había predispuesto a hacer, pero la incomunicación con los suyos se condensaba en vez de quebrarse.

Y pese a que se había acercado hasta casi tocarlos, estos ni siquiera se mosqueaban… conservaban la actitud de no dar valor a su presencia. Esa gente andaba vacilante, y a ratos se acercaba a las mesas que estaban en las periferias del centro rectangular, con el plan de servirse unos bocadillos. Los veía rebajados y sombríos sin las arrogancias de sujetos sanos y vivarachos. Asentían en el medio de divagaciones íntimas a los dichos de Eleonora, que Pérez Pardo no había conseguido descifrar. Se notaba que estaban hartos, pero se dejaban arrullar afablemente por la apatía y el estupor. El tiempo corría sin astillar sus soñolientas voluntades, y no tomaban una apresurada decisión en irse, puesto que esperaban que saliera al fin una luna que no se empapase con aguas, y las veladas luces estelares corretearan empáticas (desde el principio del mundo esperar fue la inmemorial costumbre para develar los misterios de la vida).

Pérez Pardo se consideró uno de los pocos asistentes a ese acto que no coleccionaba ojeras, ya que se conservaba fresco, y retenía una

encantadora sonrisa de larga data. Sus fuerzas no se habían agotado durante esas nulas tratativas, pero en esa sala de perfecta cuadratura nadie vio cómo se erguía en el inenarrable rincón central, ni lo oyó pujar verbalmente con su hija. Lo único proferido de manera progresiva fueron disimulados bostezos que presagiaban al sueño como la deleitosa calamidad que consentiría el futuro.

Eleonora estaba desencajada y deseaba liberarse de esa ligazón, de esa forzada marcha cronológica que borroneó su mente, y le creó algo de pesadez en el cuerpo. A esa altura resolvió que esa operación ritual fue resuelta, y no percibió que, durante esa recepción, junto a los vientos que se huracanaban afuera, hubo una oculta disputa entre los sonidos y el silencio, o que alguien criticó con vehemencia a lo que dijo, y su añico fue el de inspirarle pavor…

No vio que su padre se apostó en el sortilegio absoluto que representaba el estratégico y céntrico rectángulo, escuchando a sus serenas disquisiciones con la boca abierta. Sólo quería atravesar con el auto a la ciudad para llegar a su casa, sacarse sus tacones bajos, y defenderse de trágicas ideas prendiendo al aparato de televisión que la internaría en ámbitos reconocibles.

Pérez Pardo reculó en sus intentonas de invadir con su voz a esa conmemoración, y no se atrincheró en el núcleo radial de la sala. Con un vigor proporcional a su incomprensión, de a poco lo fue ganando la nostalgia. Se transportó a escenarios de su vida llenos de ensueños y holguras, a sus inmejorables pasados de los que conocía cada principio y final. Tuvo ganas de hablar, de contar sus aciertos, y los procesos felices con los que había llegado a ser quién era; le atrajo la idea de relatar extractos de su vida que, si bien tendían a oscurecerse o a rarificarse, seguían latiendo en su memoria. Antes que esa húmeda noche se agigantase, se explayó en los lugares por los que viajó: los jardines de Tebas, las pirámides de Egipto (nunca lo sedujo la soledad que exhibían esas moles gigantes). Había visto a las caras francas del desierto, y a sus reversos igualmente hostiles y quejumbrosos. Había viajado a países alegres y dramáticos, y conocía en detalle a sus idiosincrasias.

Si bien no había recibido respuestas, Pérez Pardo continuaba parado ahí, con barro en las suelas de sus mocasines. Dolido por los imperiosos desdenes, deseó fumar un habano para que el humo absorbiera las arcillosas contradicciones de su cuerpo… bramaba por ese dulce tormento que se había prometido restringir. Haciendo vibrar lo poco que le quedaba de voz, Pérez Pardo sostuvo qué no andaría por los caminos que otros habían seguido luego de perder sus fuerzas, y jamás compartiría las falaces secuencias de los santurrones, ya que no se había convertido en un sedentario, por el contrario, seguía siendo un viajero que husmeaba con curiosidad lo que ocurría a su alrededor, y a quién la lluvia había

mojado los cabellos.

Había admitido que cada uno de los que se habían convocado, se había impuesto como un testarudo deber el quedarse sentado. La quieta y aglutinada gente padeció de insuficiencia para verlo u oírlo, y sólo observaba al ancestral temor al tiempo que primero se mostraba amigo y protector del hombre, y luego lo destruía. Este, con sus desbordes y transgresiones, se postulaba como el orden, pero realmente era un río lleno de afiladas piedras. Sin hacer una insincera resignación, Guillermo Pérez Pardo proclamó que se movía en contextos que no reunían las balbuceadas contradicciones de los sueños, y que su mente no se adentró en el vacío universal, sino que conservaba al privilegio de enfocarse en el aquí y ahora. Era uno más de los que se habían reunido en ese edificio de la avenida Honorio Giarnesi, aunque no participó de la desilusión ni del cinismo de los otros.

En ese instante hubo un anheloso susurro en la sala. Y se escuchó a un pequeño ahogo en la respiración de un hombre gordo, que se levantó esforzadamente de su silla y al llegar al cajón dejó caer la cabeza sobre su pecho, rumiando si había sido honrosa su conducta y albergando a una multitud de temores. Su movimiento no fue sordo ni secreto, y era apreciable la genuinidad de ese hombre acorralado por las penas. Entonces, Pérez Pardo comprendió que el mobiliario rectangular de madera que estaba en el medio de la sala, era su féretro, y entristecido cerró sus ojos y lloró.

Fin